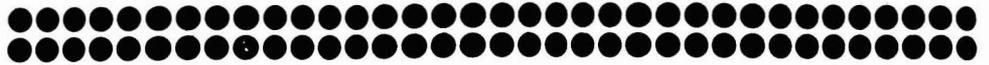


3 poemas



de Sergio Kleiner (Santiago) es tan absurdo e inverosímil que nos importa muy poco lo que le pase o deje de pasarle, por ejemplo que los indígenas (quienes por cierto están vestidos en todos los estilos de todas las épocas posibles) sorprendan a los restos de su tropa o lo que sea y hieran o maten a todos, incluyéndolo a él naturalmente; por lo que nosotros y todos los espectadores que hasta ese momento nos estamos aburriendo bastante, pensamos que aquí terminaría la película y nos alegramos muchísimo; pero no, el señor sólo está herido y todavía nos falta ver su agonía en la que recuerda toda su vida.

Resulta que era un pobre criollo más o menos enamorado de una muchacha india con quien hacía el amor en una forma rarísima (o por lo menos incómoda), y con quien vivía “un romance tipo película mexicana que trata de copiar a Visconti”, sin lograrlo, porque entre otras cosas para esto debe tener la cámara cierta agilidad; y por supuesto implica todo un trabajo, un plan previo cuidadoso, y no basta con mover la cámara sin ton ni son unas veces y otras dejarla estática por ratos larguísimos mientras se paran frente a ella los intérpretes. Pues bien, hasta aquí me estaba aburriendo, cuando llegamos a una escena en que el dicho Santiago expulsado por su padre busca, sueña o delira en un jardín: ni más ni menos que el jardín del Edén con unas hurfes de pacotilla, como de carpa o a lo más del teatro Blanquita; esto ya verdaderamente me irritó y fue cuando decidí escribir sobre la película, porque si hasta aquí habría sido algo absurdo, ridículo y aburrido, ahora se sumaba además la pretensión, y sin embargo todavía nos faltaba “lo mejor”. Ya casi para finalizar y para que veamos que todo, aunque aparentemente muy confuso no lo es tanto, y que el director sabe muy bien por dónde lleva la historia y que maneja perfectamente sus elementos, nos pone, y nos vuelve a poner, y nos repite, y nos vuelve a poner ciertas escenas (la expulsión de la casa paterna, el recibir las órdenes para su campaña militar, su romance, etcétera, o sea el *flashback* en el *flashback*, en el *flashback* como en *El manuscrito de Zaragoza*, sólo que aquí ¡oh decepción! pésimo. Aunque no se crea, esto no podía ser todo: ya para final absoluto dejó unas secuencias en que la película está bien en negativo, bien con otros mal logrados efectos de laboratorio, incluso con tomas del reciente eclipse de sol, todo en colores o tonos psicodélicos, pero horribles, que verdaderamente lastiman la vista (y ya no digamos un elemental sentido del buen gusto). Todo porque lo que ocurre es que se ha querido ilustrar en forma “poética”, haciendo una película de hora y media, la paupérrima y muy obvia idea ya por todos sabida (incluso por el PRI) de que somos mestizos; y porque se ha creído además, que la “magia” y la “poesía” son una serie de confusiones, disparates, arbitrariedades y falta absoluta de todo.

* *Mictlán*, 1969, Dirección: Raúl Kamfer. Fotografía: Alexis Grivas, Pablo García, Tony Kuhn. Intérpretes: Sergio Kleiner, Silvia Li, Lilia Aragón, Rocio Sagaón. Música: Guillermo Noriega, Luisa Durón.

Autorretrato

La manía por las profundidades y el augurio de un silencio seguro alejan, incrustan esa expresión.

Igual, a veces rosada penumbra, en la que observarse es estar justo en el centro.

Tu vida se esparce allí.

Hombre de la creación

Es aquí donde clamas por un goce sin par, ese minucioso instante en que te oyes respirar lo que pasa más de una vez pues si así no fuera ninguna sangre, ninguna lengua alcanzaría el tono de tus frases.

Tu hora es ésta y aquélla que no viviste. Este tu sueño y el sueño despierto y hablado por otros labios.

Nombrándote, en cualquier lado encuentras expectación y rebeldía y sobre todo un enorme derredor impacientemente mostrado.

Para saber y para esconder en vano la cabeza al fin te lanzas a esa altura donde todo es placer: la complacencia de lo incensante en ser presa y dilatación de tu espacio carnal.

¿Y esa confianza qué es?

Partir ha sido un éxito y volver todavía un camino, donde entre hormigones y auroras narras la historia de tus pies en marcha.

Edipo

Con claridad escuchas a la boca que acabas de besar y que ha puesto en tus ojos una visión donde la vida se aísla.

Entre tantos nombres, usas el que será elegido por el deseo de los otros. Y así saldada tu deuda, pasas de la tragedia a la incompreensión.

Penetrar, ser poseído, no tiene relación con el destino. Sí con el Origen, que hace del amante esa polución precisa donde se aclara su sangre.